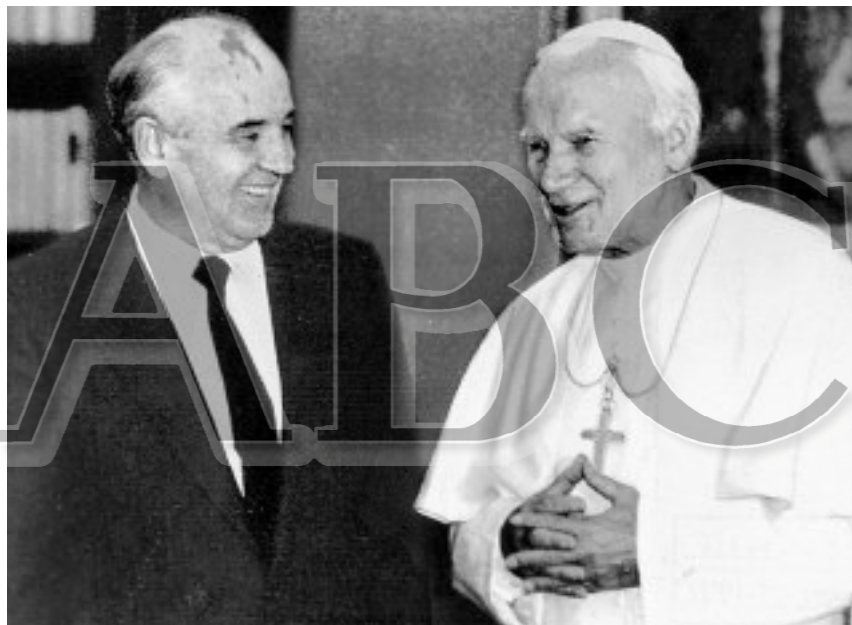


## Juan Pablo II y el comunismo La canonización de dos Papas



Ronald Reagan y su esposa Nancy, en una de sus visitas a Juan Pablo II ABC



Mijail Gorbachov reconoció el papel del Papa en su derrota EPA

Donald Tusk siga contando con sus servicios. Recuerda Bartoszewski: «En 1979 casi un millón de personas acudieron a ver al Papa. En sus homilias no hizo referencias a las políticas del presente. Pero todo el mundo le entendió. Las últimas palabras de la liturgia en Varsovia fueron: «Padre, ven y renueva la faz de la Tierra. ¡De esta tierra!». Todo el mundo entendió lo que estaba diciendo. En un año nació Solidaridad y se afiliarían a ella diez de los 31 millones de polacos. Lo que equivalía a la totalidad de la fuerza laboral existente».

Pero Juan Pablo II sabía que necesitaba un aliado para vencer al comunismo. Y lo encontró en Estados Unidos. El cardenal Dziwisz lo afirma taxativamente: «Ronald Reagan y Juan Pablo II trabajaron juntos. Analizaban la escena internacional de manera muy similar.» Y Bartoszewski da un contexto más amplio: «La colaboración de Estados Unidos fue muy relevante. El nivel de su cuerpo diplomático en Polonia era muy alto. Estaba formado por funcionarios de origen polaco, en su mayoría judíos y aristócratas. Y solo en Chicago hay un millón de polacos».

Así que Juan Pablo II buscó en Ronald Reagan un aliado para acabar con el comunismo. Reagan, hijo de un trabajador católico irlandés, no era católico él mismo. Pero al llegar a Washington en enero de 1981 entregó su estrategia de política exterior a un pequeño grupo de católicos: el secretario de Estado Alexander Haig –que tenía un hermano sacerdote–, el director de la CIA William Casey, el consejero de seguridad nacional Richard Allen, su sucesor en ese cargo el juez William Clark –que fue seminarista– y el embajador volante de Reagan, Vernon Walters. Durante cuatro años, Walters visitó al Papa entre tres y cuatro veces por año. Le llevaba fotos de satélite e información confidencial sobre los movimientos de las tropas soviéticas en Europa. Y en un momento en que la mayoría de los obispos norteamericanos denunciaron la «Iniciativa de Defensa Estratégica» –vulgo «Guerra de las Galaxias»– por considerarlo un programa «guerrillista», Walters consiguió que el Papa no respaldara nunca a sus obispos. Así Reagan pudo llevar adelante una iniciativa que fue la que finalmente derrotó a una Unión Soviética quebrada, que de ninguna manera podía competir en una carrera de armamentos espaciales.

Juan Pablo II creía que la libertad y el Evangelio eran indisolubles. E hizo todo lo que estuvo en su mano para devolver esa libertad a Polonia primero y al resto de Europa después. Convirtió a la Iglesia polaca en un punto de encuentro. Como asegura el senador Rulewski, «se habla del integrismo de la Iglesia en Polonia, pero la Misa era también un punto de encuentro para no creyentes, como Adam Michnik y la izquierda laica».

Karol Józef Wojtyła, conocido en su juventud como Lolek y que reinaría sobre la Iglesia católica como Juan Pablo II. El hombre que en 1968, siendo ya cardenal de la Santa Madre Iglesia, declaró: «No estoy muy interesado en la política».

Se fundó en 144, en los márgenes de Cracovia, una nueva ciudad.

Nowa Huta estaba llamada a ser «la ciudad sin dios». Su nombre significaba «Nueva Acre». En ella trabajaría siete días a la semana un nuevo hombre: sin familia ni dios. A partir de 1951 se erigió la ciudad con rapidez, pronto igualando las dimensiones de Cracovia. Pero los trabajadores no se plegaron. Y a partir de 1963, un año después de convertirse en arzobispo titular de Cracovia, Karol Wojtyła empezó la batalla de Nowa Huta. Primero, plantando una cruz en un descampado. Después, celebrando la Misa de Gallo cada 31 de diciembre al aire libre en ese mismo descampado. Al fin, en 1967, se otorgó el permiso de construcción del templo, pero el arzobispo tuvo que seguir oficiando al aire libre hasta que consagró «El Arca del Señor» en 1977. Fue una pequeña primera victoria frente al régimen.

Se entiende así más fácilmente que el 16 de octubre de 1978 la televisión polaca tardase dos horas y media en informar al país de que el arzobispo de Cracovia, cardenal Wojtyła, había sido elegido Papa. El comunismo nunca fue generoso en el trato de las victorias de sus rivales.

Uno de los primeros objetivos de Juan Pablo II fue volver a Polonia. Volver a la sede arzobispal de la que había salido. Todavía tardaría casi ocho meses en poder hacerlo. Hoy por hoy, su entonces

**Su victoria**  
«El cambio llegó por fin a Polonia en 1979, el día de su primera visita a Cracovia»

**«Guerra de las Galaxias»**  
Vernon Walters logró que el Papa no respaldara las críticas de los obispos norteamericanos

secretario Stanislaw Dziwisz, hogaño cardenal arzobispo de Cracovia, no tiene ninguna duda: «El cambio llegó por fin a Polonia en 1979, el día de su primera visita a Cracovia.» Esa fue la primera gran victoria. El senador Jan Rulewski recuerda muchos detalles de ese momento. «En aquella visita yo puse una bandera de Polonia en mi balcón. La Policía me ordenó que la retirara.» Y recuerda el calado de las intervenciones públicas de Juan Pablo II: «Empleaba un lenguaje simple para mensajes importantes. Buscábamos segundos significados en sus palabras».

En esa idea coincide el profesor Wladyslaw Bartoszewski. Él recibe en su despacho en la cancillería del primer ministro. Esta fue la oficina de Tadeusz Mazowiecki cuando era jefe del Gobierno polaco. A sus 92 años Bartoszewski repasa un siglo de historia polaca hablando más rápido que Manuel Fraga. Su experiencia como periodista, miembro de la resistencia durante la Segunda Guerra Mundial, presidente del Pen Club polaco, senador y ministro de Exteriores, hace que el primer ministro

